

EL RELEVO

MIKEL ERRIONDO

De los muchos años que llevo colaborando en OARSO, es a partir de julio de 1971 cuando mis colaboraciones, a sugerencia de Boni Otegui (G.B.) se centran en el tema de la ikastola.

Estos pocos últimos años de silencio se deben en exclusiva a que cuanto escribo cada año para OARSO sobre este tema no pasa la censura que personalmente me he impuesto a partir del momento en que nuestro colectivo, el único que en medio de ideologías abertzales tan dispares consiguió, durante muchos años, mantener esa difícil unión, empieza a dividirse. En estas circunstancias no considero honesto exponer mis opiniones a través de este medio tan querido, pues entiendo sería larvar su independencia dentro de su ámbito.

Así pues, tampoco ahora lo voy a hacer. Otros medios hay a mi disposición si quiero exponer mi pensamiento, cosa que dicho sea de paso cada vez me apetece menos. Pero sí quisiera de algún modo dar mi cierre personal en OARSO a mi colaboración tradicional sobre la ikastola con algunas reflexiones personales de carácter general.

Uno creía acercarse a la vejez, tras una vida rica en vivencias en todos los órdenes de una vida muy activa, en una situación de equilibrio y sosiego, con una justa satisfacción por lo realizado y una pequeña dosis de melancolía por las ilusiones irremisiblemente perdidas.

Pero mentiría si asegurara que ésta es mi situación y, sin embargo, tampoco está lejos de serla.

Cierto que a veces tengo la sensación de haber apostado en mi vida política por un caballo que no corre en esta carrera.

En determinados momentos uno cae a veces en la tentación de con Lluís Llach gritar aquello de *"No es això, companys, no es això..."*. No es eso.

Pertenece uno a la generación que produjo en el mundo movimientos como los universitarios norteamericanos de fines del 50 y principios de 1960, de negación de todos los valores tradicionales y rebeldía, recogidos como expresión global en

boca de esa extraordinaria cantante Joan Baez en aquella canción que dio la vuelta al mundo *"We shall overcome..."*. Venceremos.

O aquella tremenda convulsión de Mayo del 68 francés, con sus slogans de *"La imaginación al poder"*, *"Ser realistas: pedir lo imposible"*, etc...

Nosotros, en otro contexto, frutos de otra cultura, idealizando la democracia como forma de gobierno, no acabábamos de calar en esos mensajes pese a intentarlo tímidamente y digo



tímidamente pues algunas de las expresiones de esta rebelión no puedo ocultar que nos producían una cierta sensación incómoda, como para vernos sinceramente identificados con ellas. Sería precisa la siguiente generación para que lo que de este mensaje quedó fuera asumido como propio también por nuestra juventud. En aquel entonces todas nuestras energías eran dirigidas hacia la lucha por nuestras reivindicaciones como pueblo.

Creíamos, al igual que aquellas otras gentes en otros países, que nuestra lucha haría posible un futuro más justo en todos los órdenes.



Pasaron los años, para todos. Cada uno en su mundo y en su lucha por sus reivindicaciones, tuvo que vivir el paso del tiempo y, tras el terremoto producido en cada país por estos movimientos surgió el fruto. No creo desviarme del sentir mayoritario si lo califico como decepcionante.

Y sin embargo, este fruto nacido de la lucha, mejoraba sensiblemente la situación anterior.

¿Era razonable esperar más?.

Es tan difícil asumir la justa medida del valor real de nuestras acciones y de su influencia en el conjunto de la sociedad.

Caemos tan fácil en la descalificación de lo ajeno y en la sacralización de nuestras convicciones.

O quizá peor, tenemos la innata tendencia a asumir consignas, por evitar plantearnos cada día una reflexión sobre cada acto o actitud a adoptar. Añoramos el libro de las respuestas para poder liberarnos de la obligación de someter nuestras convicciones, cada vez, a nuestro limitado juicio. Pues diariamente se nos bombardea con decisiones, actitudes y realizaciones que debemos juzgar desde nuestra óptica para consensuarlas o disentir, y son tan pobres nuestras armas para salir airosos constantemente de esta confrontación...

Es ésta una asignatura difícil de superar.

Uno siente a veces la tentación de verse identificado con otra generación posterior a la suya, pero no deja de ser un espejismo.

Cada uno de nosotros tiene un plazo para ejercer y, ante sí o ante quien fuere, de un modo u otro, rendirá cuentas.

Recuerdo a un gran amigo que, tras una vida extraordinariamente intensa y excepcionalmente rica en todos los órdenes, partiendo de un absoluto agnosticismo, creía sin embargo en la justicia immanente.

Creo que, como tantas y tantas creencias, sólo existen para tranquilizarnos. Necesitamos creer en algún tipo de justicia que premie y castigue al margen de la justicia humana.

Y, sin embargo, creo que la realidad es más simple. Nacemos con unas capacidades y, haciendo abstracción de nuestro entorno y sus realidades, nuestro destino se cumplirá en la medida en que hayamos sido consecuentes con nuestras creencias y convicciones, las que fueren, y, nuestra lucha influirá en nuestra sociedad en la medida en que ésta esté en disposición de digerirla.

Desde hace muchos años estoy convencido de que al igual que la tierra sólo produce frutos cuando dispone de los necesarios minerales, sol, agua y semillas, y cada uno en su tiempo y medida, la sociedad requiere de la conjunción de una serie de elementos en tiempo y lugar para producir cambios sustanciales en su comportamiento global.

En los momentos actuales, creo debo asumir los logros, fracasos y realidades de mi generación y de mi concreta ideología como propias, y dejar paso a otra generación con sus ilusiones, fervores y luchas.

Como epílogo a estas reflexiones, nada mejor que la dedicatoria que me hace Idoia Fernández en su tesis doctoral "*Ikastolen Mugimenduaren Historia 1960-1975*", presentada en la Euskal Herriko Unibertsitatea 1993:

Izan zinetelako, gara
eta bagarelako, izango dira
ezta ?